

Remesas: límites al optimismo

Por Jerónimo Cortina, Rodolfo de la Garza y Enrique Ochoa-Reza

De *Foreign Affairs En Español*, Julio-Septiembre 2005

Las remesas son una fuente importante de ingreso para las familias que las reciben, y se han convertido en un elemento significativo para los países en vías de desarrollo. México, con cerca de 25 millones de remitentes potenciales que viven en Estados Unidos, no ha sido la excepción.

El Banco de México estima que durante 2004 entraron al país 16613 millones de dólares correspondientes a remesas familiares. Este flujo tuvo un incremento de 24% con respecto al año anterior y fue mayor a la inversión extranjera directa que ingresó a México en ese año. Asimismo, el informe del Banco Mundial, *La pobreza en México*, indica que las remesas son uno de los factores que permitieron a varios millones de mexicanos salir de la pobreza extrema (definida como un ingreso de un dólar por persona por día) entre 2000 y 2002. Tanto organismos internacionales y asociaciones civiles, como el gobierno de México, confían en el éxito de programas en los cuales las remesas financien proyectos de desarrollo regional.

Los resultados positivos han dado lugar a propuestas optimistas. Es común leer que las remesas continuarán teniendo un crecimiento significativo, el cual resultará en la disminución de la pobreza, y que las remesas serán fuente de financiamiento estable para microempresas.

Lamentablemente, este optimismo tiene límites según los datos empíricos recabados. México y otros países con amplia población remitente se equivocan al celebrar los beneficios de las remesas sin evaluar sus limitaciones. En este ensayo se presentan tres argumentos que se contraponen al discurso común sobre el tema.

En primer lugar, es probable que el flujo de remesas a México decrezca durante esta década. Fenómenos como la reunificación familiar, la posible aprobación de iniciativas en el Congreso estadounidense a favor de los derechos laborales y políticos de los inmigrantes en Estados Unidos, y cambios en el número y/o las características de los emigrantes mexicanos, reducirán en primera instancia la tasa de crecimiento de las remesas y, finalmente, su monto general.

En segundo lugar, sólo una pequeña proporción de las remesas se envía a instituciones para proyectos de inversión en la comunidad o microfinanciamiento particular. En su gran mayoría, los remitentes envían el dinero directamente a sus familias, en especial para consumo primario.

En tercer lugar, la distribución de las remesas no es uniforme en el territorio nacional, y los estados con menor ingreso per cápita no son los que necesariamente absorben más. Diez estados de la República reciben 70% del monto total de las remesas, mientras que el restante 30% se distribuye en 23 estados. De hecho, cinco de los 10 estados con los niveles más bajos de ingreso per cápita, educación y salud en México son receptores minoritarios de remesas.

Para respaldar estas afirmaciones utilizamos, entre otras fuentes, dos encuestas elaboradas por el Tomás Rivera Policy Institute (TRPI). Una de las unidades de análisis de ambas encuestas del TRPI es la población de origen mexicano que vive en Estados Unidos y envía remesas a México. El primer estudio del TRPI, "Encuesta de las actividades políticas y civiles del inmigrante", se elaboró entre julio y agosto de 2002, a partir de entrevistas telefónicas a 1602 emigrantes de los cuatro grupos más importantes (mexicanos, salvadoreños, dominicanos y puertorriqueños). El segundo estudio del TRPI, "Encuesta del comportamiento del inmigrante remitente", se elaboró en diciembre de 2003, también por teléfono, con respuestas de 800 personas de origen mexicano y salvadoreño que durante ese año enviaron dinero a sus países de origen.

ORIGEN DE LAS REMESAS: ¿QUIÉN ENVÍA REMESAS, QUIÉN NO LO HACE Y POR QUÉ?

De acuerdo con la encuesta del TRPI de 2002, son dos los principales indicadores que distinguen a la población remitente de origen mexicano en Estados Unidos de la población no remitente. En primer lugar, los remitentes tienen un familiar directo que se "ha quedado atrás" en su país de origen. En segundo lugar, ellos tienen la voluntad de regresar a vivir a México en el futuro. Otras características, como el nivel de ingreso, su género o los años que han vivido en Estados Unidos, no tuvieron un impacto significativo para distinguir a los remitentes de quienes no envían remesas.

Los resultados de la encuesta son contundentes. Ochenta por ciento de los encuestados que tienen algún familiar directo en México y que desean volver al país son quienes envían remesas. En cambio, más de 90% de los inmigrantes de origen mexicano que no envían remesas no presentan ninguna de las dos características: ni tienen familiares en México, ni desean volver al país.

Estos resultados coinciden con los trabajos de investigación sobre otro grupo demográfico de remitentes potenciales en Estados Unidos: la segunda generación de mexicano-estadounidenses. En su mayoría, los miembros de este grupo no tienen familiares directos en México y tampoco la intención de cambiar su residencia. Se ha demostrado que éstas son dos razones por las cuales la segunda generación de mexicano-estadounidenses remite mucho menos que los inmigrantes recientes y que los mexicano-estadounidenses de primera generación, tal como lo sugiere el capítulo de Louis DeSipio en *Sending Money Home* (2002).

Entonces, ¿cuáles son las causas que pueden reducir el envío de remesas a México? En primer lugar, las políticas públicas que faciliten al inmigrante a establecer su domicilio permanente en Estados Unidos. Algunas de ellas dependen del Congreso estadounidense, como la extensión de permisos de trabajo temporal o la legislación a favor de la amnistía

en asuntos migratorios. Otra causa es la falta de oportunidades laborales en México para el emigrante que decide regresar al país después de trabajar en Estados Unidos. Cada vez se sabe de más casos de mexicanos que, tras haber intentado sin éxito establecerse en México, fincan su residencia permanente en el país vecino. Así, México pierde dos veces al mismo emigrante, la segunda vez con carácter definitivo.

En segundo lugar, el flujo de remesas a México puede disminuir como consecuencia de políticas públicas que favorecen la reunificación del inmigrante con su familia en Estados Unidos. En la legislación estadounidense existen antecedentes favorables a la "unidad familiar" del inmigrante. En 1986, la Reforma para el Control Migratorio (conocida como IRCA, por sus siglas en inglés) permitió a los inmigrantes indocumentados mexicanos, que se establecieron en Estados Unidos antes del 1 de enero de 1982, legalizar su categoría migratoria y, posteriormente, introducir legalmente a su familia en ese país. Con políticas similares se reduciría el número de familiares que "se han quedado atrás" y con ello también concluiría una de las razones para el envío de remesas.

Por último, cambios en el número y/o las características del inmigrante podrán también reducir el flujo de remesas. El caso de Turquía es ilustrativo de este fenómeno. En 2003, cerca de cuatro millones de turcos vivían fuera de su país, 50% de ellos en Alemania. Durante las décadas de los 1980 y 1990 la emigración turca produjo un aumento considerable en el envío de remesas. Mientras en 1985 Turquía recibió remesas por 1740 millones de dólares, para 1998 el flujo se incrementó a más de 5300 millones de dólares. A partir de entonces el flujo de remesas a Turquía ha mermado considerablemente: en 2003, el monto total cayó a 1710 millones de dólares, nivel similar al recibido en 1985 y equivalente a una reducción de 68% con respecto al monto máximo histórico recibido en 1998.

¿Qué explica esta caída? La población de origen turco en Alemania crece cada año, pero lo hace a tasas decrecientes. De 1997 a 2002 la emigración de Turquía a Alemania fue de 52000 personas en promedio cada año. Aun cuando elevado, este monto es menor a las 70000 personas que emigraron entre 1990 y 1996, en promedio anual. Si bien es cierto que la intensidad de la inmigración ha disminuido, el total de inmigrantes turcos en Alemania es mayor ahora que hace 10 años. Esto produce un enigma: si en 2003 había más remitentes potenciales turcos en Alemania que en 1998, ¿por qué ahora remiten menos?

Una respuesta posible es que el tipo de inmigración ha cambiado con el tiempo y es ahora sustancialmente diferente al del pasado. Por ejemplo, entre 1961 y 1967 la proporción de mujeres inmigrantes turcas en Alemania era de alrededor de 16%. A finales de 1986 esta proporción se duplicó y, para finales de los noventa, la proporción era cercana a 40% del total. Esto ha dado como resultado la reunificación con esposos y padres turcos que radicaban en Alemania. El cambio en el tipo de migración tuvo dos efectos que reducen el flujo de remesas. Por el lado de la oferta, el inmigrante original tiene menos incentivos para volver a Turquía, pues sus familiares ya viven en Alemania. Por el lado de la demanda, tanto el inmigrante original, como el nuevo, ya no tienen a quién enviar remesas.

Lo mismo sucederá en México si la inmigración futura resulta en la reunificación de familias mexicanas en Estados Unidos. Así, a pesar de que el número de inmigrantes mexicanos en Estados Unidos se incrementa, de hecho se reducirá tanto el número de remitentes como el número de receptores. En consecuencia, disminuirá el monto total de las remesas enviadas a México.

Este fenómeno migratorio puede estar ya en su fase inicial. Según Jeffrey Passel del Pew Hispanic Center, la población promedio de inmigrantes mexicanos que ingresó sin documentos a Estados Unidos entre 1980 y 2004 fue de alrededor de 253000 personas por año. El movimiento migratorio no ha sido constante: el menor ocurrió entre 1980 y 1984, mientras que el más intenso ocurrió entre 2000 y 2004. Sin embargo, este crecimiento se da en tasas decrecientes. Por ejemplo, de 1985-1989 a 1990-1994 la población que ingresó sin documentos a Estados Unidos creció 225%, mientras que de 1995-1999 a 2000-2004 la población mexicana que entró a Estados Unidos sin documentos aumentó tan sólo 21 por ciento.

En conclusión, es posible que la población total de inmigrantes mexicanos en Estados Unidos continúe en aumento, pero que su crecimiento se dé en tasas decrecientes. Además, las características del nuevo inmigrante pueden ser diferentes que las del inmigrante de los noventa (en su amplia mayoría hombre y soltero). Por ejemplo, el Pew Hispanic Center estima que en 2004 una de cada seis personas que ingresaron a Estados Unidos sin documentos era menor de edad. Asimismo, en el pasado reciente el número de mujeres inmigrantes sin documentos ha crecido: en 2004 representaron ya 29% del total. Esta tendencia permite suponer que la migración creciente de niños y mujeres se debe a la reunificación familiar. Como ya se ha dicho, la reunificación familiar reducirá tanto la oferta como la demanda de remesas. Así, el envío de remesas a México será menor cada año y, a la larga, se detendrá.

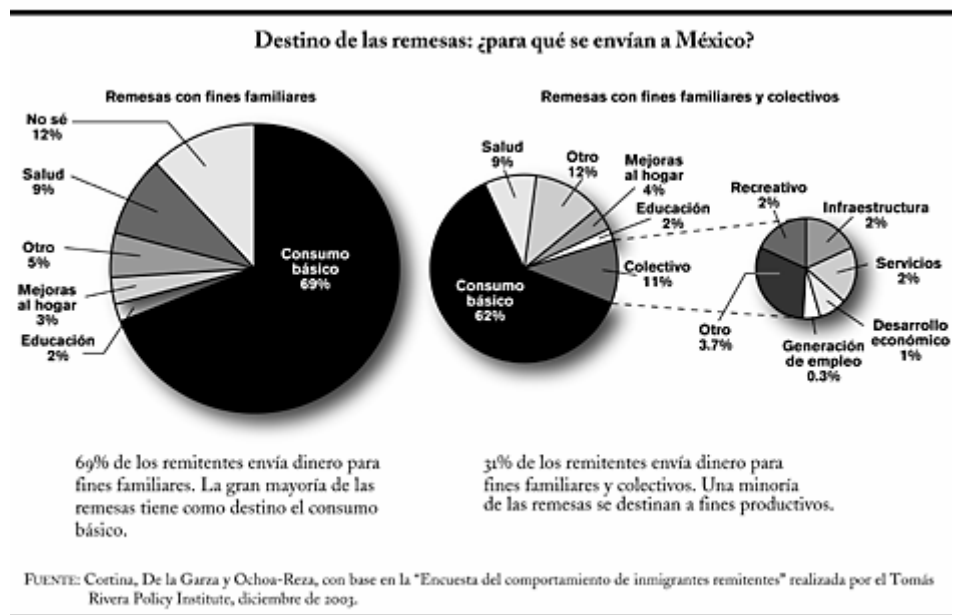
OBJETIVO DE LAS REMESAS: ¿PARA QUÉ SE ENVÍAN A MÉXICO?

Las remesas se destinan jerárquicamente para pagar una pirámide de servicios básicos. Una vez que éstas financian el consumo básico, el dinero excedente se destina a satisfacer el siguiente escalafón de necesidades. Según la encuesta del TRPI de 2003, las remesas pueden dividirse de acuerdo con el objetivo del remitente. Sesenta y nueve por ciento de los remitentes envía remesas para el consumo familiar; 31%, con un doble objetivo: consumo familiar y fines colectivos.

El primer grupo envía en promedio 900 dólares por año y lo distribuye de la siguiente manera: 69% tiene como objetivo el pago de consumo básico, 9% el pago de los servicios de salud, 3% la construcción o mejoras del hogar, y 2% la cobertura de la educación (ver gráfica).

El segundo grupo, el que remite dinero para consumo familiar y para fines colectivos, envía en promedio 980 dólares por año y destina 62% al pago de consumo básico, 9% al pago de servicios de salud, 4% a la construcción o mejoras del hogar, 2% a la educación y 11% a fines colectivos. Gran parte de los envíos colectivos se destina a actividades recreativas (ferias del pueblo o ceremonias religiosas). Menos de la mitad tienen como

objeto actividades productivas (construir infraestructura, generar empleo o financiar desarrollo económico) (ver gráfica).



¿Por qué se envía poco dinero para fines colectivos? De acuerdo con el TRPI de 2003, dos respuestas son las más comunes y están relacionadas entre sí: 1) 54% prefiere enviar el dinero directamente a su familia, y 2) 33% de los remitentes no confía en que el dinero que envían será utilizado efectivamente para los fines colectivos deseados. Un dato de interés adicional es que solamente una minoría de los remitentes (9%) pertenece a organizaciones (las llamadas hometown associations) que promueven envíos colectivos para financiar proyectos en sus comunidades de origen.

En conclusión, la gran mayoría de los remitentes no envía dinero para fines colectivos. Incluso aquellos que remiten para esos fines destinan más de la mitad de su remesa al consumo básico. En gran medida, las remesas con fines colectivos tienen propósitos recreativos o religiosos. La mayoría de los inmigrantes no pertenecen a las hometown associations, ni confían en que el dinero que se envía para estos fines vaya a ser utilizado eficientemente. Por lo tanto, a menos de que se construyan nuevos vínculos de participación y confianza entre la comunidad emigrante y su contraparte en México, las remesas no serán fuente estable de financiamiento para proyectos productivos con fines colectivos.

DESTINO GEOGRÁFICO DE LAS REMESAS: ¿A DÓNDE SE ENVÍAN?

La recepción de remesas en México no es geográficamente uniforme. Nueve estados y la ciudad de México reciben más de 70% de las remesas; 22 estados se distribuyen el restante 30 por ciento.

¿Qué características tienen los 10 estados que reciben la mayor parte de las remesas? Es común suponer que la pobreza produce emigración, y que ésta produce remesas. Si esto

fuera así, los estados y los municipios con menores niveles de ingreso per cápita, educación y salud tendrían un gran número de emigrantes y, por lo tanto, recibirían un elevado monto de las remesas nacionales. Sin embargo, la distribución geográfica de las remesas en México revela una realidad diferente.

Los estados y los municipios con menor índice de desarrollo humano -- medida que incluye niveles de ingreso per cápita, educación y salud -- no son los que necesariamente reciben mayores remesas. De hecho, los municipios con el mayor porcentaje de hogares que reciben remesas tienen un índice de desarrollo humano medio.

En el nivel estatal este fenómeno también se puede comprobar de dos maneras: 1) en términos absolutos, evaluar el monto total de las remesas que recibe cada estado y compararlo con su índice de desarrollo humano, y 2) en términos relativos, evaluar el monto de remesas per cápita que recibe cada estado y compararlo también con el índice estatal de desarrollo humano. Para realizar estas comparaciones se utilizan los datos del Banco de México en "Balanza de pagos CE100, Ingreso por remesas familiares, Distribución por entidad federativa" (2004) y los índices del PNUD en su "Informe sobre el desarrollo humano en México 2002".

En términos absolutos los estados de Michoacán, Jalisco, Guanajuato, México, Puebla, Veracruz, Guerrero, Oaxaca, Hidalgo y la ciudad de México concentran 70% de las remesas. Durante 2004, cada uno de ellos recibió remesas por más de 600 millones de dólares (Michoacán recibió remesas por 2196 millones de dólares).

En 2004, de esos 10 estados, seis de ellos (Michoacán, Puebla, Veracruz, Guerrero, Oaxaca e Hidalgo) pertenecen también al grupo de los 10 estados con los menores niveles de desarrollo humano en el país. Los otros cuatro grandes receptores de remesas, Jalisco, Guanajuato, Estado de México y la ciudad de México, pertenecen a un grupo muy diferente: el de las 10 economías estatales más grandes del país. A pesar de su elevado nivel de desarrollo humano, estos estados concentran 32% de las remesas recibidas en 2004. En comparación, cuatro de los 10 estados con bajo nivel de desarrollo humano (Chiapas, Zacatecas, Tabasco y Tlaxcala) suman solamente 7% de las remesas nacionales.

Los resultados se repiten al analizar la distribución geográfica de las remesas en términos relativos. Los 10 estados que reciben mayores remesas per cápita son Michoacán, Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes, Hidalgo, Guerrero, Nayarit, Morelos, Oaxaca y Querétaro. Cada uno de ellos recibió más de 215 dólares per cápita en 2004, monto que es 32% mayor al promedio de remesas per cápita que recibieron los estados en 2004 (163 dólares per cápita).

Solamente cinco de los 10 estados mencionados (Michoacán, Zacatecas, Hidalgo, Guerrero y Oaxaca) pertenecen también al grupo de los 10 estados con menor nivel de desarrollo humano (ver figura). Los otros cinco estados tienen índices de desarrollo humano elevado (Aguascalientes y Querétaro) o índices medios (Guanajuato, Morelos y Nayarit) y en 2004 recibieron en promedio 262 dólares per cápita. Es decir, un monto 60% mayor al promedio nacional. Finalmente, los estados de Chiapas, Puebla, Veracruz, Tabasco y Tlaxcala, cuyo nivel de desarrollo humano es bajo, recibieron en promedio

127 dólares per cápita en 2004, monto 22% menor al promedio de remesas per cápita recibido ese año en todo el país.



Una comparación adicional ilustra que en términos relativos la supuesta relación entre pobreza y remesas no se cumple. La ciudad de México y Chiapas recibieron un monto muy similar de remesas per cápita en 2004 (110 dólares per cápita el primero y 117 dólares per cápita el segundo). Sin embargo, Chiapas tiene el peor índice de desarrollo humano del país (0.695), mientras que la ciudad de México tiene el mejor (0.932).

Sin lugar a dudas, es necesario estudiar más a fondo la relación entre pobreza, inmigración y remesas. No obstante, es posible afirmar que, tanto en términos relativos como absolutos, los estados mexicanos con menores niveles de ingreso, educación y salud no son los que necesariamente reciben más remesas.

IMPACTO DE LAS REMESAS: ¿ACASO REDUCEN LA POBREZA?

El Banco Mundial utiliza una definición monetaria de pobreza para medir este problema social en los países en vías de desarrollo, incluido México. Por lo común, utiliza un dólar por persona por día para la pobreza extrema, y dos dólares por persona por día para definir la pobreza. En cambio, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) utiliza una definición más exigente que incorpora el problema de la desigualdad. Se describe como pobre a toda persona con ingreso menor de la mitad del ingreso per cápita nacional.

El Banco Mundial estima que el ingreso per cápita anual de México en 2003 fue de 8950 dólares (PNB per cápita, Paridad de Poder Adquisitivo: PPA). Es decir 24.5 dólares por persona por día, cuyo 50% es poco más de 12 dólares por persona por día. En consecuencia, todo aquel individuo que recibe menos de 12 dólares por día podría ser considerado pobre de acuerdo con la definición de la OCDE. Es evidente que esta definición es más exigente que la del Banco Mundial (1 o 2 dólares por día) pero también más realista. ¿Quién puede afirmar que con 1.50 dólares diarios una persona abandone la pobreza extrema o que con 2.50 dólares una persona no sufra las limitaciones de la pobreza?

Recordemos que en 2004 se recibieron 16613 millones de dólares por concepto de remesas. Como ya se mostró en la sección anterior, las regiones de menor desarrollo humano en México no son necesariamente las que reciben más remesas. Pero, para los efectos de esta sección, crearemos un escenario ficticio donde los 50 millones de mexicanos de menor ingreso serían, efectivamente, receptores de todas las remesas. Así, si distribuimos equitativamente 16613 millones de dólares entre los 50 millones de mexicanos que más lo necesitan, cada uno recibiría 0.91 centavos de dólar por día. Monto cercano al dólar por día que establece el Banco Mundial como definición de pobreza extrema, pero muy lejano de los 12 dólares por día que corresponde al caso de México si atendemos la definición de pobreza de la OCDE.

De hecho, la capacidad de las remesas para reducir la pobreza varía enormemente según la definición de pobreza que se utilice. En las condiciones del escenario ficticio antes descrito, donde las remesas se distribuirían equitativamente entre quienes más las necesitan, éstas pueden corresponder a dos extremos: 1) las remesas pueden representar 91% del monto que una persona necesita al día para abandonar la pobreza de acuerdo con la definición del Banco Mundial; sin embargo, 2) las remesas solamente representan menos de 8% de los 12 dólares necesarios para abandonar la pobreza de acuerdo con la definición de la OCDE.

CONCLUSIONES

En este ensayo se proponen tres conclusiones contrarias al discurso común sobre el origen, el objetivo y el impacto de las remesas en México. Si bien afirmamos que las remesas son una fuente muy importante de recursos para las familias receptoras, nuestras conclusiones ofrecen una advertencia sobre las limitaciones de las remesas que deben

tomarse en cuenta en el diseño de políticas públicas en diversas áreas. En el caso de México, las lecciones pueden extenderse a los países con amplia población emigrante y que confían en la recepción de remesas enviadas por sus nacionales desde países desarrollados.

En primer lugar, en los últimos años el déficit de la cuenta corriente en México ha disminuido, entre otros factores, a consecuencia del importante incremento en el envío de remesas familiares. El gobierno de México cometería un error si supone que los flujos de remesas continuarán creciendo durante la próxima década. Conforme la emigración futura resulte en la reunificación de familias de inmigrantes mexicanos en Estados Unidos, la oferta y la demanda de remesas disminuirán. En consecuencia, es muy probable que en los próximos años el flujo de remesas de Estados Unidos a México crezca a tasas decrecientes y, al cabo, el monto total de remesas disminuirá, incluso por debajo de los niveles actuales. Las remesas no son un sustituto de políticas públicas diseñadas para atender desequilibrios macroeconómicos. En el mejor de los casos, el flujo de remesas abre un margen de maniobra que permite promover ajustes y reformas en la materia.

En segundo lugar, las remesas no resuelven la necesidad de contar con intermediarios financieros para capitalizar proyectos de inversión en áreas con bajo nivel de desarrollo humano. La mayoría de las remesas se envía para consumo familiar básico y sólo una pequeña fracción tiene como objetivo financiar proyectos colectivos. Asimismo, existe poca evidencia en México para sostener la idea de que las remesas funcionan como un mecanismo eficiente de microcrédito.

En tercer lugar, por sí solas las remesas no son suficientes para elevar el ingreso de la población por encima de los niveles de pobreza. Las regiones de México con menores niveles de ingreso per cápita, educación y salud no son necesariamente las regiones que más remesas reciben. Los costos para emigrar a Estados Unidos (alrededor de 3000 dólares) establecen una barrera de salida para los miembros de familias de bajos recursos. Así, no son miembros de las familias de bajos recursos quienes necesariamente emigran y, por lo tanto, envían remesas. El ingreso proveniente de las remesas es fundamental para el consumo básico de las familias receptoras, pero debe entenderse como complemento y no como sustituto de políticas nacionales en materia de reducción de la pobreza y la desigualdad.

Derechos de Autor ©2003 reservados para el Council on Foreign Relations.